

Miguel Bonnefoy

El inventor

Traducción de Regina López Muñoz

1

Su rostro no aparece en ningún cuadro, en ningún grabado, en ningún libro de historia. Nadie es testigo de sus derrotas, raros son los que asisten a sus victorias. De todos los registros de su siglo, lo único que Francia conserva de él es una fotografía. Su existencia no interesa ni al poeta, ni al biógrafo, ni al académico. Nadie reviste de leyenda su discreción ni de grandeza su enfermedad. Su casa no es un museo, sus máquinas apenas si se exponen, el liceo donde llevó a cabo sus primeras demostraciones no lleva su nombre. A lo largo de toda su vida, este guerrero triste se alza en solitario frente a sí mismo y, a pesar de esa soledad que podría poseer el temple y el acero de los genios en la sombra, su destino no llega a ser siquiera el del héroe vencido. En apariencia, no pertenece a esa raza de inmortales sin memoria, de nombres prohibidos. Si Augustin Mouchot es uno de los grandes olvidados de la ciencia no es porque fuese menos perseverante en sus investigaciones o menos brillante en sus hallazgos, sino porque el delirio creador de este erudito testarudo, frío y severo se obstinó en conquistar el único reino que ningún hombre ha sido capaz de ocupar jamás: el sol.

En aquel entonces, en los albores del siglo XIX, nadie mostraba interés por el sol. Francia daba la espalda al cielo y se afanaba en hurgar las entrañas de la tierra para extraer cada día miles de toneladas de carbón. Las ciudades se alumbraban con carbón, los lechos se calentaban con carbón, la tinta se fabricaba con carbón, la pólvora se hacía a base de carbón, las manitas de cerdo se guisaban en carbón, los zapateros confeccionaban suelas con carbón, los lazaretos se limpiaban con carbón, los novelistas escribían sobre el carbón, y todas las noches, en su alcoba de palacio, ataviado con un camión con flores de lis en los botones, el rey se quedaba dormido pensando en un enorme bloque de carbón. Así pues, a principios de siglo, aunque fuese caro, agotable y ensuciara, no había negocio, profesión, arte ni ámbito que no recurriera de un modo u otro al carbón.

Entre todas estas actividades había una, la cerrajería, que lo consumía en grandes cantidades, pues necesitaba producir calor suficiente para moldear el hierro. En aquel tiempo, las cerrajerías conservaban aún la rusticidad medieval de las antiguas fraguas donde se batía el bronce para hacer barandillas de escaleras y se elaboraban verjas de metal para los jardines de los pueblos, si bien habían prosperado con más refinamiento el día en que Luis XVI, antes de ser guillotinado en la plaza de la Revolución, abrió un taller en las plantas superiores de Versalles. Durante treinta años, y en la máxima clandestinidad, el último rey de Francia se entretuvo reproduciendo con exactitud los cierres de las puertas de su castillo, los pestillos y los sistemas de seguridad, y se rumoreaba que él mismo había diseñado la cerradura del armario de hierro que escondía las cartas robadas de

los monarcas, cuya llave él custodiaba prendida de un colgante en torno a su cuello. Muchos años después, cuando su cabeza rodó por el cadalso ante una muchedumbre enfebrecida, un joven borgoñón llamado Jean Roussin, que había asistido al espectáculo, hallaría una llave de plata en el barro, disimulada entre un mechón de pelo, y la vendería en la rue Saint-Denis a cambio de unas monedas, sin sospechar que tenía en sus manos el secreto mejor guardado del reino.

Con ese dinero abrió una cerrajería en el departamento de Côte-d'Or, en Semur-en-Auxois, una población que contaba tres mil almas y dos campanarios. Se estableció en una casa en las riberas del río Amance, donde se casó y tuvo cinco hijas. Quince años después, la benjamina, Marie Roussin, una muchachita callada y melancólica, se enamoró de uno de los aprendices de su padre, un tal Saturnin Mouchot, y pasó el resto de su vida trayendo al mundo a seis criaturas en una callejuela cercana.

Y así, el 7 de abril de 1825, a la sombra de la rue de Pont-Joly y la rue de Varenne, en el rincón más resguardado de la luz, la trastienda de un taller de cerrajería, nació el hombre que inventaría la aplicación industrial del calor solar. Aquel día, aunque ya era primavera, todavía hacía frío. Una brisa glacial arremetía contra los cristales de las ventanas cuando Marie Mouchot, cobijada junto a la caldera donde se amontonaban llaves viejas y marcadas con etiquetas, sintió un intenso e inesperado dolor en el bajo vientre. En la soledad del taller, se levantó los faldones del vestido, se acuclilló y parió detrás de la mesa de trabajo sin un solo grito, con un discreto rumor de huesos, en un anonimato tan absoluto y un silencio tan austero que tuvo la sensación de que

se le abría entre las piernas el bombín de una cerradura. El bebé, recubierto de sangre y grasa, fue a aterrizar en el fondo de un saco de buriles y cerrojos. Cuando Saturnin Mouchot irrumpió en el taller, alertado por los llantos del recién nacido, agarró unas tenazas sacaclavos y cortó el cordón umbilical como habría hecho con un cable de hierro.

Al día siguiente le pusieron al niño Augustin Mouchot. Añadieron Bernard como segundo nombre de pila en honor a un viejo antepasado ferretero. Pero, dado que en aquellos tiempos no era raro que los niños de pecho murieran antes de cumplir el año, y dado que la escolarización no era obligatoria y que a los críos los ponían a trabajar desde que aprendían a andar, nadie prestó apenas atención a su nacimiento y, ya desde sus primeras horas de vida, sospecharon que él siempre había estado ahí.

Con seis meses, Mouchot estaba ya agotado de vivir. No poseía la redondez abotagada de los bebés robustos ni la imprevista luminosidad de los predestinados, sino que parecía siempre al borde de la apoplejía, todo arrugado y demacrado, como un sapo enfermo cuyo color de piel, aun estando alimentada por la leche densa de las vacas de Montbard, presentaba el aspecto de una artesa de piedra. Comía mal, dormía mal, veía mal. No abrió los ojos hasta cumplido el quinto mes, y su madre, con muda inquietud, se percató de que no distinguía ningún objeto a más de diez centímetros de distancia. Una tarde, con apenas un año, no supo sortear la pata de una mesa y le cayó en la cabeza una caja de herramientas tan pesa-

da que tuvieron que coserle la frente con una aguja de guarnicionero. Creyeron que el golpe lo había dejado lelo. El accidente no lo embruteció, pero sí provocó en su cuerpo una anemia precoz. El pequeño Augustin atraía todas las enfermedades que Borgoña había acumulado a lo largo de los siglos; tanto es así que no hubo bacteria ni virus ni germen que en 1826 no se hospedara en el cuerpecillo del niño Mouchot. Pasó la viruela, la escarlatina, la difteria, tuvo fiebres, una diarrea que le duró catorce días, una forma infrecuente de clorosis que se suponía que solo padecían las jovencitas de la alta sociedad y, durante mucho tiempo, toda la vecindad se preguntó cómo había podido sobrevivir aquella criatura sin fuerza ni resistencia a tamaño huracán de infecciones.

Guardó cama los tres primeros años de su vida. Emparedado en la penumbra de su habitación, velado por su madre a la luz de un farol, jamás vio la claridad del día. La llegada del verano acentuó aquella carencia de vitaminas y le recubrió la piel de una constelación de espinillas coloradas, de escamas secas, de fétidas inflamaciones con forma de placas redondeadas. Llamaron a curanderos y hechiceros que le aplicaron aceite de chaulmoogra y le ataron un cencerro al cuello, convencidos de que tenía la lepra. Un médico de Dijon, que había entrado en la cerrajería un día por casualidad, lo examinó con más detenimiento y determinó que aquello no era lepra, sino un trastorno epidérmico causado por la falta de sol. Siguiendo sus consejos, sentaron al pequeño Augustin en medio de la plaza a las tres de la tarde, en plena canícula, para que se le secaran las placas, pero el repentino exceso de calor le provocó una insolación bru-

tal, los granos engordaron y al niño no le quedó más remedio que pasar su cuarto año de vida con el cuerpo embadurnado de miel y pociones de serpol. Con cinco años parecía una momia lúgubre, inmóvil y lívida, devastada por los remedios. Cuando se echaba una siesta más larga de la cuenta, temía que lo enterrasen vivo. Por eso, en cuanto supo escribir, adquirió una costumbre que no lo abandonaría jamás: antes de quedarse dormido dejaba siempre una nota prudente encima de la mesita de noche:

Aunque lo parezca, no estoy muerto.

Sin embargo, Saturnin Mouchot detectó en aquella fragilidad una fuerza explotable. Era consciente de que su hijo era demasiado flaco, demasiado canijo para desempeñar un oficio tan duro como el de cerrajero, pero le habían llamado la atención sus manos, pequeñas, ágiles y de dedos finos, poco habituales en la estirpe Mouchot, perfectamente adaptadas para actividades de precisión. Así, lejos del caballete de perforar, lejos de las herramientas para tallar hierro, lejos de los mandriles para taladrar en caliente, Saturnin instaló a Augustin en el fondo de la estancia, en un cuchitril oscuro, para que separara varillas y bisagras por tamaño, clasificara pernos y tacos, y ordenara los estribos por calibre. Su hijo resultó ser tan diestro como un orfebre. Donde otros niños habrían cometido errores, él hacía gala de una exactitud espeluznante. En cualquier momento se le podía pedir que agrupara centenares de piezas minúsculas, que catalogara las limas por grosor o los raspadores por cuchilla, que limpiara los encendedores más sucios

y los bruñidores más oxidados; nunca fallaba. Pero lo que más impresionó a sus compañeros fue que antes incluso de aprender a leer Augustin había empezado a concebir poco a poco un sistema de codificación para cajas fuertes, una armonía de números que permitía cifrar signos con una rapidez de razonamiento extraordinaria y una lógica nada propias para su edad, como si los largos años de aislamiento hubieran hecho cuajar en su cabeza un don natural para el cálculo mental.

Su madre fue la primera en darse cuenta. Una tarde, mientras lo ayudaba en el taller, lo vio deshacer y montar de nuevo a una velocidad vertiginosa las combinaciones de una caja y decidió sacarlo de aquella vida de artesano en la sombra, presintiendo en secreto que aquel niño enfermizo, frágil y delicado sería quizá la única persona de aquel villorrio que algún día podría abrir las puertas de París. Aguardó hasta el final del verano y, a primeros de septiembre, agarró a su hijo del brazo, atravesó la plaza de la iglesia y se presentó en la puerta de la única escuela del pueblo.

Detrás del puente Pinard, todavía guarnecido con cañones, en la rue du Rempart, habían fundado una escuela en el interior de una imponente construcción de piedra y ladrillo coronada por ventanas estrechas como saeteras que semejava más una fortificación gótica que un centro escolar. Allí recibió Augustin su instrucción conforme a las costumbres de la época, a base de golpes disciplinarios y relatos de batallas, de sogas de cáñamo unidas por un mango y traducciones del griego, pero él se mantuvo imperturbable. Jamás protestó, ni siquiera cuando lo obligaron a ponerse de rodillas encima de un puñado de garbanzos secos durante dos horas, con la

mirada fija en el suelo, ni cuando lo castigaron de pie con los brazos en cruz en medio del patio de recreo. Para él, que había sobrevivido a tantas enfermedades, a tantos traumas, a tantas tribulaciones, ningún correctivo podía competir con las adversidades de su niñez.

Con once años se parapetó tras un retraimiento profundo. Era tan reservado que pasaba por arrogante. Como era gris y taciturno, nadie habría sido capaz de destacar nada de su persona, y a sus compañeros de clase, hasta el final de su vida, les costaba referir alguna anécdota de sus años de juventud. La alegría festiva de la adolescencia y los deseos impetuosos, el juego de los misterios y las tentaciones de la aventura, todo aquello que para los demás representaba la exaltación salvaje de las primeras pasiones se topaba en Mouchot con una resistencia espartana. Enseguida se volvió apático, callado. Nada lo conmovía, ni siquiera más adelante, cuando falleció su madre, ni cuando la gangrena atacó a uno de sus hermanos. Durante los cinco años de escuela primaria, Mouchot no expresó nada, no tuvo un solo amigo, y cuando lo mandaron a un internado de Dijon se marchó con los bolsillos vacíos, sin dinero ni aspiraciones, sin conservar de aquel periodo más que un vago olor a hierro forjado y pociones de serpol.

En Dijon pilló el cólera. Francia, en plena expansión industrial, se extendía a la sazón sobre un territorio de cuarenta millones de habitantes, atravesado por diecisiete mil kilómetros de vías férreas, sembrado de puentes y estaciones, por el que desplazarse era tan fácil que resultó imposible frenar la epidemia. Conventos y hospitales se vieron desbordados enseguida y dejaron de contabilizarse los muertos en el hospicio de Champmai-

llo. En el hospital de Nuestra Señora de la Caridad, donde Mouchot estuvo aislado, presagiaron que no pasaría de aquel invierno. Sin embargo, contra todo pronóstico, una vez más Mouchot sobrevivió. Ahora bien, las drogas a base de estramonio, las lavativas opiáceas y los litros de limonada le dejaron un cuerpo flacucho, de una sequedad preocupante, y una tez translúcida, como una persona vista bajo la llama temblorosa de una vela.

Con quince años tenía ya todas las manías de los viejos. Alterado de continuo por la cocción de los alimentos, padecía trastornos estomacales, pesaba todo lo que comía, digería mal las carnes estofadas en fogones de hierro fundido, lo que lo obligaba a purgarse mediante ayunos regulares y prolongados que le hundían las mejillas. Con dieciséis años, la miopía le aumentó a una velocidad alarmante, hasta el punto de que tenían que cambiarle los cristales cada seis meses. Con diecisiete se manifestaron un principio de calvicie y varios mechones canos. Con veinte años, Mouchot aparentaba cuarenta.

Aunque la naturaleza obrase en su contra, él seguía viviendo, respirando y creciendo con la discreción de un lagarto entre guijarros. Tenía esa fragilidad vigorosa propia de los hombres destinados a una muerte precoz y a los que sin embargo nada logra matar. Por sus venas corría una sangre tibia pero tenaz. Su herencia no era la de una estirpe de gigantes trabajadores de la tierra, que construyen y mueren jóvenes, ni la de unos genios del arte, que son como cometas fugaces. Sus raíces quebradizas se hundían en una dinastía de tozudos inquebrantables encorvados durante siglos sobre pomos de ventanas y cierres, en los que cada generación vive cien años,

lo aguanta todo, se consume sin romperse y se conserva incorruptible aun sin ser prodigiosa.

Nada en su perfil remitía a la gravedad del álgebra. Ni un atisbo de erudición, ni de grandeza, nada que evidenciara un bosque aún por nacer. Sus ojos, pequeños y hundidos, solo dejaban entrever fatigas y aflicciones. Los chichones causados por migrañas antiguas le abombaban la frente bajo una línea de pelo corto. Sus labios finos conferían a su sonrisa un deje de torpeza y apuro. La raza austera de la que descendía se revelaba en su esqueleto frágil, en su mala dentadura, en sus facciones imprecisas, y acaso aún más en sus andares sigilosos. Caminaba como si disimulara un secreto y nunca miraba a la gente a la cara. A tenor de aquel semblante sin gracia, a tenor de aquella silueta sin estatura, nadie habría adivinado a un brillante inventor. Mouchot crecía a trancas y barrancas, en reserva, recluso en sí mismo como una gota de agua escondida en el corazón de un ágata.

El 13 de agosto de 1845, sin embargo, aquel flemático hijo de cerrajero se graduó como bachiller en letras. Como se había mostrado obediente, el rectorado de Dijon le concedió un puesto de maestro. Durante trece años, entre los veinte y los treinta y tres, Augustin enseñó en escuelas de Borgoña, en Arnay-le-Duc, en el colegio de Autun, en Dijon, en el Morvan, desarrollando una trayectoria exenta de esplendor en interminables pueblos que desfilaban bajo sus ojos con idéntica banalidad. Batalló consigo mismo, durmió en lechos desconocidos, tuvo que soportar el olor a papel amarilleado y tiza par-